

LORETO DI NUCCI: *Lo Stato-partito del fascismo. Genesi, evoluzione e crisi, 1919-1943*. Il Mulino, Bologna, 2009, 628 págs.

Este grueso volumen, escrito por el profesor de la Università degli Studi di Perugia, Loreto di Nucci, supone una importante aportación a una temática muy trabajada, lo que pone de relieve su valentía, máxime al haber optado por hacer la historia completa del partido fascista, confundido estrechamente con el Estado, desde 1919, año en que nació esta formación política, hasta 1943, en que el Gran Consiglio, celebrado en Roma la noche del 24 al 25 de julio de 1943, desaprobó la conducción de la guerra hecha por Mussolini, provocando o facilitando su destitución formal como primer ministro por el rey Vittorio Emmanuele.

El autor, que ya había editado en 2005, en unión con Ernesto Galli della Loggia, un interesante libro, cuya temática tiene mucho que ver con este que ahora nos ofrece (*Due Nazioni: legittimazione e delegittimazione nella storia dell'Italia contemporanea*), se propone abordar el problema de la existencia de un marcado dualismo entre Partido y Estado, incluso, entre Partido y Nación. Un problema que la historiografía ha venido estimando que se resuelve a través de una serie de medidas y de pronunciamientos políticos al más alto nivel a finales de la década de 1920, entre las que destaca la constitucionalización del Gran Consejo por la ley de 9 de diciembre de 1929. Renzo de Felice, por ejemplo, ha podido hablar, en relación con tales medidas, de una definitiva sanción jurídica dada a la subordinación del Partido al Estado. No obstante, y este sería uno de los puntos que se propone revisar este estudio, la aceptación por Turati, o por su sucesor, Giurati, de esa situación no habría puesto fin en absoluto a cualquier tipo de dualismo en el interior del régimen.

Es justamente en ese plano donde la investigación, que hasta ese momento —es decir, cuando sobreviene el giro de los años 1927-1929—, se había basado en un amplio recurso a la bibliografía académica sobre el fascismo, además de fuentes periodísticas y obras impresas de época, amplía sus apoyos acudiendo a fuentes primarias, archivísticas, que permiten captar más directamente y sobre el terreno la realidad de los persistentes conflictos entre las federaciones locales fascistas y los representantes del Estado, los prefectos, o entre instituciones que rivalizaban entre sí, también en ese plano local o provincial, como los consejos provinciales de economía y los comités intersindicales.

Tales conflictos sobrevienen al tiempo que otros dualismos más profundos, que recorren igualmente toda la historia del partido fascista, en lugar de atenuarse, se recrudecen también. Así, por ejemplo, en los años iniciales, la contraposición entre dos Estados, el liberal, que tenía nominalmente los recursos del mando y la legitimidad política, y el fascista que, a través del escuadrismo, desafiaba al anterior en el terreno del monopolio de la fuerza, con el objetivo de dejar al descubierto su impotencia. Pero, más de fondo se trataría de la confrontación entre dos ideas de nación, la fascista, fundada en la adhesión a una parcialidad política, y la liberal, la que se origina, en este último caso, en el *Risori-*

gimento, y que se ofrecía como la patria de todos los italianos. Hay que tener en cuenta para comprender mejor el problema, que en los años 30, en la etapa Starace, los afiliados al Partido y a las organizaciones que de él dependían llegaron a superar los veinte millones de personas, tomando así forma una nueva entidad política, tal y como fue definida en *Il Popolo d'Italia*, el Partido-Nación, al que correspondería, según este planteamiento, la entidad Estado-Partido. La materialización, en la escena política italiana, de esas nuevas entidades implicaba que la pertenencia al Partido se convirtiera en un requisito fundamental para poder gozar de los derechos de ciudadanía, se transformaba en «condición de la plena capacidad jurídica de derecho público del ciudadano italiano». En realidad, esto venía gestándose desde los inicios mismos de la historia del fascismo ya que, como ha señalado Galli della Loggia, desde la conquista del poder, en 1922, el Partido se atribuyó «el privilegio de representar la esencia de la idea de nación, de sus hechos venturosos y de sus esperanzas: la patria fascista era obligatoriamente la patria de los verdaderos italianos».

Estos dualismos, que estarían en el origen del derrumbamiento final del régimen en 1943 son, pues, el asunto preferente del estudio de Di Nucci, que no cabría considerar exclusivamente como una historia del Partito Nazionale Fascista ni, tampoco, de este periodo crucial para la historia de Italia. Eso no quiere decir, sin embargo, que toda una serie de cuestiones que, tomadas en su conjunto permiten tener una visión muy de primera mano, sobre la trayectoria de esa formación política y hacerse una idea bastante exacta de la misma y de la propia Italia en esa época no sean abordadas de modo riguroso y detallado, máxime cuando el autor recurre, como ya se ha apuntado a un tipo de fuentes que permiten observar muy desde dentro las opciones estratégicas que los dirigentes e ideólogos del Partido fueron adoptando, pero enfocadas siempre con el propósito de dilucidar esa problemática del dualismo nunca resuelto que preocupa especialmente al autor del libro.

Un importante recurso metodológico que facilita el llevar a cabo ese acercamiento a la historia del partido es el hecho de que el relato se organiza en buena medida sobre el estudio de la actuación, más que del propio Mussolini, de los sucesivos secretarios generales que estuvieron al frente de esta formación política, destacando, por ejemplo, el papel crucial, en los inicios, de Michele Bianchi, que demostró poseer una capacidad de visión y un realismo político superiores a Mussolini. Se trataría de la etapa en que se estaba construyendo la *macchina fascista* y en que el fascismo, de ser un movimiento ideológicamente bastante caótico y contradictorio, se estaba volviendo un sujeto político estructurado, que empezaba a manejar con astucia sus relaciones con los partidos gubernamentales, bien apoyándose en su confrontación con la izquierda proletaria, bien imponiéndose a través de métodos ilegales en un contexto de conflictividad sociopolítica especialmente aguda, como la que se vivió en Italia en los años posteriores al fin de la I Guerra Mundial (y aquí el autor se detiene en los jefes de las escuadras, apodados expresivamente *ras*, entre los que destaca-

rán algunos de los futuros hombres fuertes del movimiento, como Farinacci, Grandi, Balbo, entre otros).

De todos modos, desde los orígenes también, la relación entre las escuadras de acción y la dirección del Partido será conflictiva, y ahí debe buscarse una de las causas principales del dualismo, nunca resuelto, entre Partido y Estado. Pero sería en esos años de tanteos, previos a la Marcha sobre Roma, cuando se fue perfilando la identidad fascista, proponiéndose como misión histórica del movimiento la identificación entre Nación y Estado. Una coyuntura particularmente decisiva en la historia del fascismo es la que discurre entre la fundación efectiva del Partido, en 1921, y la marcha sobre Roma, en octubre del año siguiente. En esos años cruciales el PNF tendió a configurarse como un poder alternativo al del Estado liberal, como un *Stato in potenza*, como lo define Di Nucci, a lo que coadyuvó de un modo decisivo, el hecho de que esta formación política fuera también una milicia en el sentido literal del término, dispuesta a reemplazar al Estado para el caso de que este se mostrara incapaz de defender a la Nación, un diagnóstico que, evidentemente, los dirigentes fascistas administraban en beneficio suyo, de su estrategia conducente a la conquista del Estado. Sería con motivo de acontecimientos como la declaración de huelga general por parte de la Alianza del Lavoro, el 31 de julio de 1922, cuando el Partido movió hábilmente sus fichas como el principal garante de los derechos de la Nación, que se habría visto desafiada por esta huelga, y para demostrar la ineficacia del Estado liberal. Son años en los que la afiliación al Partido estaba creciendo, y en que van a tener lugar una serie de demostraciones de fuerza que evidenciaban la existencia de un ejército fascista contrapuesto a las fuerzas armadas del Estado. Resulta significativo que ocupaciones de ciudades como las de Bolzano o Trento fueran saludadas por la prensa afín como victorias del «Estado fascista».

Con la llegada de Mussolini al Gobierno, no desaparecerían las rivalidades y conflictos internos, sobre todo porque los jefes del fascismo provincial no renunciaron a hacer valer lo que denominaban los derechos de la revolución, que requerían el recurso al *illegalismo* fascista, recomenzando el duelo entre Mussolini y los *Ras*, un problema que evidenciaba que aunque el PNF se estructuraba cada vez más como un organismo unitario y centralizado, en su efectiva realidad organizativa se configuró como una confederación de señorías fascistas, de tiranías locales. Esto explicaría, también, los esfuerzos que el nuevo jefe de Gobierno haría por imponer la disciplina al Partido, con unos resultados no demasiado brillantes (aquí tendría lugar, entre otras medidas, la creación de la *Milizia*, justamente para absorber y neutralizar al escuadrismo, o el reforzamiento de la autoridad de los prefectos). En esta historia, y sin entrar aquí a examinar la consolidación en el poder de Mussolini dentro del partido, es oportuno aludir al significativo nombramiento, en 1924, de Farinacci, uno de los líderes provinciales más intransigentes, en una coyuntura crítica en este proceso, en la que el fascismo se hallaría contra las cuerdas (tras el asesinato de Matteotti y la denominada «secesión del Aventino»).

Este jefe fascista de Cremona, representante de la línea revolucionaria y de la voluntad de impulsar rápidamente gracias a ella la fascistización del Estado y, en particular, de la burocracia, pronto chocaría con el propio Mussolini ya que estaba convencido de que el PNF debía de tener un puesto prominente en el régimen y ser él el que modelara el Estado, en tanto que el líder máximo apuntaba entonces al disciplinamiento del Partido en el marco de una clara jerarquía de funciones y de tareas en la que se imponía claramente la supremacía estatal. La línea defendida por Farinacci, podía convenirle no obstante a Mussolini en aquella coyuntura, que aceptó la postura de intransigencia marcada por el secretario general que se sustentaba en la idea, expresada en el congreso de junio de 1925, de que el partido fascista no era una simple fracción del pueblo italiano, sino la «nación misma políticamente activa». Sin embargo, lo que no podía compartir era el sueño de Farinacci de establecer una nueva relación de fuerzas en el seno del fascismo, una especie de diarquía entre el jefe de Gobierno y el secretario del partido y por eso, después de una serie de escaramuzas e incidentes, el fascista cremonés se vio obligado a renunciar al cargo, en marzo de 1926, abriéndose así una nueva etapa en esta historia de las relaciones entre Partido e instituciones estatales, entre 1926 y 1931, en la que estuvieron al frente de la secretaría general Augusto Turati y Giovanni Giurati, dos dirigentes de pasado muy distinto, ya que, mientras el primero había sido el *ras* de Brescia, estando, pues, muy ligado al escuadrismo, el segundo carecía de tales antecedentes: había sido un irredentista y un combatiente.

Se trata de una etapa en la que, además de que el régimen se consolida, ampliando sus apoyos gracias a los Pactos de Letrán y en el que se sueltan amarras definitivamente con el sistema político liberal, se toma la importante decisión de instituir el *Gran Consiglio* del fascismo que, aparte otras implicaciones, va a funcionar como un órgano de conexión entre el fascismo gubernamental y el del partido. Y es que el Consiglio estaba planteado legalmente como un órgano constitucional, lo que no dejaba de tener una gran trascendencia política, en el sentido de insertar la revolución fascista en la vida del Estado. Con ello, según Giovanni Gentile, se ponía en práctica la transformación revolucionaria del Estado, y se daba un paso decisivo en la identificación entre el partido y la nación: el ideal risorgimental y liberal de la «patria de los italianos» quedaba suplantado por la «patria de los fascistas», lo que comportaría terribles consecuencias como la de que, a partir de entonces, se reconociera una *piena italianità*, tan solo a los miembros del partido, en tanto que los otros italianos fueron tratados como «excomulgados y renegados».

Paradójicamente, sin embargo, este encaje legal del fascismo en el Estado vendría acompañado de su definitiva subordinación, lo que se lleva a cabo a través de una serie de disposiciones adoptadas entre 1927 y 1929 que culminan en el nuevo estatuto del PNF de ese último año que prescribía, entre otras cosas, que el secretario general fuera nombrado por decreto del rey, a propuesta del jefe de Gobierno. Algunas medidas altamente simbólicas ejemplifican esa

compenetración-subordinación, como la de que el *fascio littorio* deviniera a todos los efectos, un símbolo estatal, o que el secretario general estuviera facultado para participar en las reuniones del Consejo de Ministros. Se trataba de pasos que llevaban a que el Estado fascista adquiriera cada vez más los rasgos de un Estado-Partido, aunque ello no significara que el PNF hubiese agotado todas sus funciones ya que, según Turati, debía convertirse en «el ejército civil de la nación», es decir, en una organización estructurada según un modelo militar que debía llevar a cabo la misión histórica de fascitizar a la nación entera. Este rango institucional del Partido no pondría fin, sin embargo, a los dualismos dentro del régimen que Di Nucci estudia en detalle, a través de toda una serie de conflictos locales, y esto nos conduce a la era Starace en la que, a pesar de que el partido perdió lo poco que quedaba de autonomía y se convirtió cada vez más en un Partido-Nación, las rivalidades y conflictos de competencias entre federales y prefectos no se atenuaron en absoluto, hasta el punto de convertirse en una auténtica guerra de poderes, y en un factor permanente de inestabilidad del sistema en su conjunto que contribuiría, en no escasa medida, a su derrumbamiento (el capítulo noveno, titulado «Due autorità», es muy elocuente en ese sentido).

Pero el análisis de la etapa Starace resulta muy interesante desde la perspectiva de la asimilación del Estado al partido, y de este último a la Nación, a través de actuaciones que despoltizaron y banalizaron, se podría decir, la pertenencia a esa formación política, extendiendo enormemente la afiliación dado que ser miembro del partido (a diferencia de lo que el anterior secretario general, Giurati, había pretendido) se convirtió en una condición necesaria para acceder a las carreras estatales o para tener cualquier tipo de trabajo. Es significativo a estos efectos que el carnet del partido fuera conocido vulgarmente como la *tessera del pane*. Se trataría, a pesar de sus vertientes grotescas, de impulsar al máximo la fascitización de todos los italianos, cuya existencia se pretendió regular hasta el detalle, para imprimirles un estilo fascista (una política que ya había iniciado Turati, en realidad). Con más razón, este afán reglamentista, afectaba sobre todo a los dirigentes del Partido, que se quería representar un modelo de virtudes cívicas para todos los italianos (una muestra divertida de estas obsesiones puede ser la orden, del 25 de marzo de 1933, de que los secretarios de los *dopolavoro* provinciales, se desplazaran en motocicleta). Esta política, no obstante, acentuó aún más la división entre los inscritos en el Partido y los que no lo estaban, que van a ser objeto de discriminación y, en el caso de los judíos, de un antisemitismo de Estado.

Ciertamente, este decidido impulso de fascitización abarca otras facetas de mucho interés, irradiándose al asociacionismo, la regulación de las relaciones económicas (se inicia el control de los precios), la colocación de los trabajadores, la obra asistencial; a la creación de un entramado corporativo que estaba previsto en la *Carta del Lavoro*, a la educación de la juventud, por medio, entre otros instrumentos, de la *Opera Nazionale Balilla* (creada en realidad en 1926

y que fue dirigida con bastante autonomía por Renato Ricci, lo que daría lugar a conflictos con el Partido, con Starace), de los *Fasci giovanili di combattimento*, o de la *Gioventù italiana del Littorio* (GIL), creada en 1937 y que refundió de hecho a las dos organizaciones anteriores dentro del PNF. De todos modos, no habría perder de vista que algunas de estas políticas, por descabelladas y totalitarias que nos puedan parecer, hicieron que para muchos italianos, como ha señalado L. Cafagna, el Partido representara un medio de acceder a la modernidad, de descubrir la radio, el cine, los viajes populares o las vacaciones para sus hijos a través de las colonias.

El libro finaliza con un último capítulo referido a la participación italiana en la Segunda Guerra Mundial, que, coherentemente con lo anterior, fue enfocada como una guerra de partido, una etapa en la que, a pesar de todo perduraron los dualismos y los conflictos locales, de los que el autor proporciona un buen elenco. En todo caso, el conflicto bélico puso de manifiesto de forma desgarrada la fractura entre Partido y Nación, pese a que las dimensiones verdaderamente mastodónticas del primero pudieran hacer creer a sus dirigentes que se había producido una verdadera fusión entre ambas, hasta el punto de convertirse en una sola realidad política, en un auténtico *Partido-Nación*. En expresión del autor, el PNF aspiró cada vez más a estrechar en un abrazo totalitario a la entera sociedad italiana, pero fracasó de manera palmaria en lo referente a preparar a Italia para la guerra, y estas contradicciones se situaron en el trasfondo de la reunión del Gran Consejo del 25 de julio de 1943 que se resolvió en la destitución de Mussolini.

Rafael Serrano García,
Instituto de Historia Simancas-Universidad de Valladolid